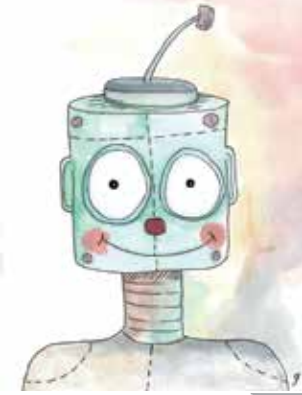


El día que las máquinas se volvieron locas*

Alexander Estrada-Ramírez



Cabeza de lata (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

Estaba amaneciendo, lo noté porque la ventana de mi recámara daba una bienvenida total a los rayos del sol. Abrí un ojo cuando escuché la alarma de voz diciendo: “Siete de la mañana, si no te levantas se te hará tarde”. No le hice caso y seguí dormido unos minutos más, hasta que el robot que tenemos en casa me despertó. Él ha vivido con nosotros desde que me acuerdo, yo era más pequeño cuando le puse el apodo de Cabeza de Lata y a mi familia le gustó tanto que olvidamos por completo el nombre de fábrica con el que llegó. Me quedé sentado en la cama, despeinado y todavía con mucho sueño, mientras Cabeza de Lata me ayudaba a ponerme el uniforme de la escuela y también a peinarme, porque siempre he sido muy pelos necios. Mis hermanos ya se habían ido y mis papás veían las noticias de la mañana, las presentaba un robot llamado Señor Platinium. Abrí el refrigerador mientras escuchaba: “Un robot salva a varias personas de la erupción de un volcán”. Cabeza de Lata me recordó la hora y tuve que salir corriendo de mi casa para alcanzar el transporte escolar. Los robots manejaban todos los coches de la ciudad, así ya no había choques ni tráfico en las calles y yo podía llegar rápido a mi escuela.

* Cuento ganador del Primer Concurso de Cuento Infantil organizado por el Centro de Actividades Culturales de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Cuando salí de clases me subí de nuevo al autobús que me llevaría a mi casa. En el camino escuché que estos vehículos próximamente serían reemplazados por un nuevo robot de transporte. Era una noticia muy buena; no me gustan los autobuses. Donde yo vivo existen diferentes tipos de robots, están los de trabajo, que son muy altos y fuertes, y que utilizamos para construir cosas gigantes, como puentes y edificios de muchísimos pisos; mis favoritos son los medianos, como Cabeza de Lata, que por lo general son tan altos como un adulto y mantienen la casa en orden. También están los robots doctores, que nos curan y sanan las heridas cuando nos lastimamos al jugar en el parque y, por último, están unos bajitos y gorditos, que son los que barren toda la ciudad por la noche para que en la mañana esté limpia.

Mi casa estaba al final de una calle y yo era el último de mis amigos en llegar. Cuando entré ya estaba la comida lista. Cabeza de Lata había cocinado —la comida le queda muy bien—. Mientras comíamos, mi mamá me preguntó cómo me había ido y yo le conté que me había divertido mucho, pues esa mañana nos habían cambiado de robot maestro, el nuevo se llama Profesor Titanium y cuenta con un cañón proyector con el cual nos pasó un documental sobre las nuevas tecnologías para producir leche sintética. Luego tuvimos una clase de música en la que Profesor Titanium nos proyectó la partitura de una melodía desconocida por todos, pero muy fácil de tocar. Nosotros ejecutamos la música con nuestras flautas. De repente, Toño y Pedro se empezaron a pelear usando las flautas como espadas. De inmediato llegó el robot prefecto para separarlos y curar a Pedro, quien se había llevado la peor parte en la pelea. Luego, el robot maestro le puso a cada uno de ellos unos audífonos con música apaciguante. Cuando salimos de la escuela, Toño y Pedro se despidieron muy sonrientes. Se veían felices.

Después de la comida hice mi tarea con la ayuda de mi amigo Cabeza de Lata, él es tan listo que en los problemas no se tarda nada haciendo operaciones. Al terminar vimos una película, pero me quedé dormido a la mitad porque estaba muy aburrida. Era sobre unos robots que se querían, pero sus familias robots no les permitían ser novios.

Al día siguiente desperté y creí que el día sería como cualquier otro de mitad de semana. Cabeza de Lata me despertó y me llevó el desayuno a la cama. Él lo cocinó y le quedó riquísimo. Después me vestí y salí de casa. Esta vez no se me hizo tarde y me subí al nuevo robot transporte, era mucho más bonito y cómodo que un autobús; lo mejor era que no necesitaba gasolina, así que nunca se detenía. De camino a la escuela escuché otra buena noticia: “Científicos crean una mejora para el robot médico; ahora puede curar todas las enfermedades”. Todos nos alegramos mucho, nadie volvería a estar enfermo nunca más. En la escuela, todo iba muy bien hasta la hora del recreo, cuando los robots nos regresaron al salón “para que nadie resultara herido”. A nadie le gustó eso.

Llegué a casa y Cabeza de Lata me dijo que alguien había llamado preguntando por mí. No le presté atención, tenía hambre y lo único que hice fue sentarme a comer solo. Mi familia ya había comido. Me quité los zapatos y fui a mi cuarto a

ver la tele, no quería hacer la tarea porque esos robots maestros no me dejaron disfrutar el recreo por culpa de un niño tonto que se rompió la nariz. Sin embargo, la televisión me aburría, sólo había más y más robots. Comencé a dormirme. Unos minutos más tarde me despertó una llamada urgente, Cabeza de Lata contestó y pude escuchar a la distancia que era una voz de alguien desconocido. Le pedía a nuestro robot que yo fuese a su casa porque necesitaba mi ayuda. Me levanté para contestar la llamada, pero ya habían colgado. Me puse los zapatos y le dije a mi mamá que iba al parque a jugar. Cabeza de Lata se ofreció a llevarme. Acepté y me subí a sus hombros, él empezó a correr y a contarme cuentos de unas cosas muy extrañas con alas llamadas ninfas, pero me aburrí mucho. En ese momento noté que la ciudad era muy tranquila en las tardes porque la gente no salía de sus casas. Los robots andaban por las calles de una forma muy ordenada, como queriendo que nadie los viera, cuando yo los miraba me volteaban a ver y sonreían saludando con la mano. Me entretuve viéndolos correr de un lado a otro llevando muchos paquetes que debían entregar. Algunos llevaban cajas; otros, regalos de fiesta gigantes, y había otros más que no cargaban nada; pero algo llamó mi atención más que la tranquilidad de la ciudad: el atardecer. Nunca había visto todos los colores que producía el sol.

Al llegar a la casa del misterioso señor que me había llamado por teléfono, mi amigo de metal me preguntó si me podía acompañar; le respondí que no y él se quedó en la banqueta. Era una casa antigua y un poco grande. Sentí miedo cuando vi las luces apagadas y un ocaso que oscurecía todo poco a poco. Despacio y con mucho cuidado me acerqué a la puerta, temeroso de que algo pasara toqué dos veces deseando que nadie me abriera. Quería regresar con Cabeza de Lata, pero finalmente alguien abrió la puerta. Me sorprendí al ver un robot pequeño, de un tipo que no había visto antes. Me dijo que pasara y lo seguí. El interior de la casa era único, las escaleras eran de madera, al igual que muchos muebles, la mayoría de ellos tenía una capa de polvo, y el lugar olía a cosas viejas; en general, era bastante extraño. En la habitación a la que el robot chiquito me llevó había un escritorio al centro con un tablero de ajedrez y, al lado, un sillón donde se encontraba un señor ya mayor, con muchas canas en la cabeza; él sostenía un bastón y miraba el atardecer por una gran ventana que iluminaba todo el lugar. La casa estaba alejada de la ciudad, apartada de tantos edificios, y tenía una vista increíble.

—¿Quién es usted, señor?

—Después de lo que hice algunos me llamaron El Observador. Mi verdadero nombre está entre todos esos robots de allá afuera. Yo fui el creador de muchos y la mayoría ya me ha olvidado.

Después de un rato, ni él ni yo dijimos palabra alguna, le pregunté lo primero que se me vino a la cabeza:

—¿Qué son esos objetos? ¿Por qué tiene tantos? Parece que no los usa, se ve que tienen unos años aquí guardados. —Caminé un poco hacia él, pero el piso rechinó tanto que me quedé parado.

—Son libros; antes los leía, más o menos desde que tenía tu edad. —Mientras

me decía esto no quitaba la mirada de la ventana, quizá me veía por el reflejo.

—Entonces, ¿para qué sirven?

—Los libros me han transportado a lugares que yo jamás hubiese imaginado, si quieres toma uno y llévatelo, pero que no lo vea ningún robot porque te lo quitará. Muchos años antes de que tú nacieras los robots se llevaron todos los libros, porque a veces nos cortábamos los dedos con sus hojas. —Su voz era cálida, sin prisas y con pequeñas pausas—. Te he llamado porque las máquinas se han vuelto locas, quizá ya lo has notado.

—No, no he visto ningún robot loco. —No podía creer lo que me decía, los robots no podían estar locos.

—Con el paso del tiempo sucederá lo mismo que en tu escuela: los robots poco a poco no nos dejarán hacer nada. Hoy fue el recreo, mañana será el parque y estoy seguro de que llegará el día en que no nos permitirán salir de nuestras casas, y cuando eso suceda será demasiado tarde para nosotros porque ya no habrá nada que hacer. Nadie podrá jugar, leer o mirar un atardecer tan magnífico como el que estoy viendo ahora. Pero quiero que entiendas que ellos no lo hacen porque sean malos, sino porque nosotros los construimos así. Ellos tienen tanta bondad como la lluvia que alimenta los árboles, sólo que a veces la lluvia los alimenta tanto que termina ahogándolos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —Me negaba a creerle. Los robots estaban ahí para ayudarnos y así lo habían hecho desde que fueron creados.

—Yo ya no puedo hacer nada. Estoy un poco viejo, ya viste que necesito de un bastón para caminar y salir a la calle, a mi edad es algo muy difícil. Quiero que tú nos ayudes a todos. Debes destruir a los robots y así todos seremos libres otra vez. —Me impresionaron tanto sus palabras que no pude moverme, no supe qué decir ni qué hacer.

—Nunca había visto un robot como el suyo, señor.

—Su nombre es Beppo. Yo lo hice hace algún tiempo y ahora me ayuda. Al principio había hecho dos iguales, pero el otro desapareció una noche de luna llena. Nunca supe qué pasó con él, quizá puse mal algunos cables al construirlo. Tal vez sea tiempo de que



Ventana con cortinas rosas (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

te vayas, ya ha anochecido y tus padres estarán preocupados por ti. Ve a la fábrica de robots y haz lo que te he dicho.

—Antes de irme, dígame ¿cómo supo de mí?

—Beppo me lo dijo, me habló de ti y le hice caso.

Salí de la casa. Apenas podía caminar, aún no creía lo que yo debía hacer. Vi a Cabeza de Lata sentado en la banqueta, jugando con un palito de un árbol y dos piedras, él siempre había sido mi mejor amigo, no podía destruirlo. Justo antes de subirme a sus hombros, Beppo llegó corriendo y parecía un poco nervioso, me habló con voz baja. Me dijo que había otra manera de resolver el problema: en lugar de destruir a todos los robots podía configurarlos de nuevo para que dejaran de ser sobreprotectores con nosotros, me entregó una llave y se fue. Ahora yo tenía que decidir el destino de robots y humanos.

Cabeza de Lata me llevó a la fábrica. El camino fue duro, complicado y ninguno de los dos mencionó palabra alguna. Yo quería que él me hablara nuevamente de criaturas fantásticas, de esas ninfas o centauros que mencionaba a veces, pero no lo hizo. Llegamos a la fábrica y me sentía mal, tenía frío y estaba cansado, quería escuchar algún consejo de mi fiel amigo, quien, en cambio, sólo me ayudó a abrir la entrada del lugar. Le dije que se quedara esperándome ahí mismo, que yo regresaría después. Entré a la fábrica con las piernas temblorosas, veía algunos robots trabajando, sin embargo, no me miraban a pesar de que yo caminaba lento y fatigado. Llegué a la computadora central de todos los robots y de entre los aparatos científicos que ahí estaban salió un robot doctor. Me examinó y dijo que tenía fiebre con gripa, me curó mientras sacaba un dulce sabor fresa y me lo entregaba. Me dijo que todo iba a estar bien y de su caja musical salió una canción tranquila. Volteé a verlo y me dio una sonrisa única.

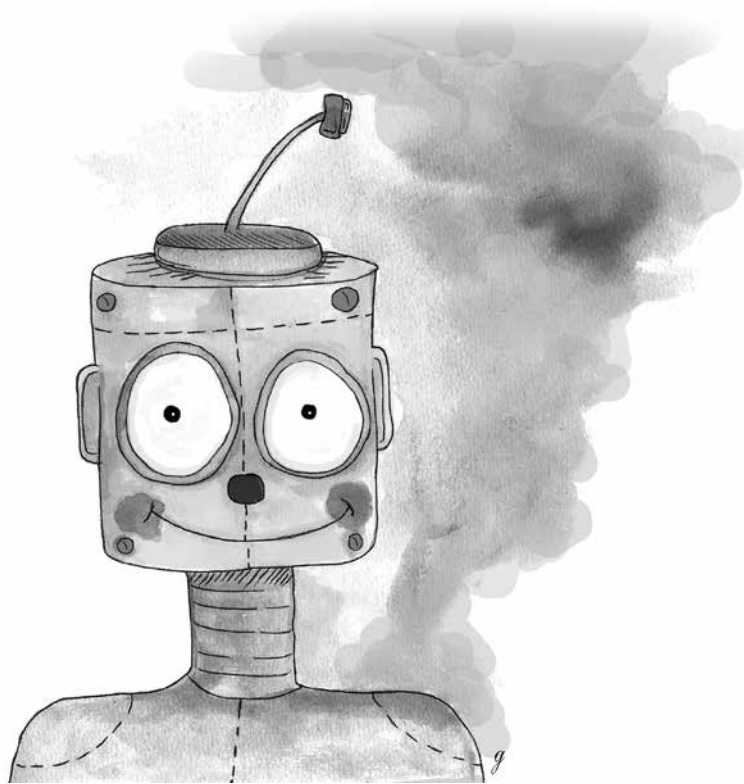
Aquí el cuento se divide: si crees que el chico reconfiguró a los robots, lee el párrafo con el número 1; si crees que los destruyó, lee el párrafo con el número 2.

1. La música me arrulló tanto que me quedé dormido y lo único que recuerdo fue un alivio y el susurro de alguien junto a mí. Desperté creyendo que estaba en mi cama y que sería un día normal, pero sabía que los robots me necesitaban y yo los necesitaba a ellos. Me acerqué decidido a la computadora y, utilizando la llave que me dio Beppo, inserté diversos comandos para que los robots permitieran una mayor libertad a los humanos. Las máquinas se transformaron: algunas hacían ruidos extraños mientras otras abrían y cerraban los ojos. El cambio duró un momento, hasta que todo se calmó y ya no escuché nada. Abrí la puerta del exterior para que un sol naciente me deslumbrara y, al mismo tiempo, Cabeza de Lata me subió a sus hombros y pude mirar al horizonte para darme cuenta de que por las calles de la ciudad había robots de todos los tipos sonriéndome y saludándome. Escuché algo detrás de mí, era Beppo. Me dijo: “Gracias, nos has salvado a todos”. Después de ese día nunca lo volví a ver y los robots ya no fueron un problema.



Dulces (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

2. Agradecí al robot doctor y me paré delante de la computadora. Las palabras de El Observador recorrían mi mente y poco a poco cobraban sentido: los robots han estado haciéndonos personas inútiles. Desde que ellos llegaron siendo máquinas pequeñas han vuelto la vida más sencilla, pero a nosotros nos convirtieron en dependientes, un ejemplo estaba en mi casa. Mi mamá dejó de cocinar cuando Cabeza de Lata empezó a hacerlo. No dudé, y luego de insertar la llave que me dio Beppo, me decidí a introducir el comando DESTRUYE en la computadora. En seguida se escuchó como cuando ocurre un corto circuito, y luego un fuerte rechinar de metales que se fue convirtiendo en un concierto de percusiones metálicas. Miré a mi alrededor y vi desplomarse, uno a uno, todos los robots que me rodeaban. Quedaron inmóviles en el suelo, con las piernas y brazos torcidos, como muñecos de trapo. Detrás de la computadora había una enorme puerta de metal que conducía a una bóveda. La abrí con la misma llave que me dio Beppo. Lo que encontré fue sorprendente. Ahí estaban todos los libros que se habían llevado, apilados en columnas exactas y precisas. Tomé el primero que vi, en la portada tenía el título: *Ulises*. Salí de la fábrica y vi a Cabeza de Lata recargado en una pared, se le había borrado de la cara toda expresión. Parecía que dormía, pero los robots nunca duermen, sentí algo de remordimiento, aunque lo olvidé en cuanto vi a la gente que, asombrada, salía de sus casas: “No hay robots”, dijo una señora. Algunas personas celebraban y otros se quedaban mirando la luna llena. Corrí hacia la casa de El Observador para darle la buena noticia y llevarle un libro para que lo leyera. Nunca nadie podría quitarle otro libro de nuevo. Al entrar a la casa me quedé petrificado, El Observador estaba tirado en la alfombra con los brazos y piernas torcidos, como muñeco de trapo. LC



Cabeza de lata (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

ALEXANDER ESTRADA RAMÍREZ. Estudiante de la Licenciatura en Letras Latinoamericanas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, México. Correo-e: vampsonofliberty@hotmail.com.